

# ¡ADELANTE!

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

DIRECTOR: FRANCISCO A. JIMENEZ MARTINEZ.



ADMINISTRACION E IMPRENTA: PI Y MARGALL, 17

Precios de Suscripción:

En Yecla: 0'30 ptas. al mes.

Fuera: 1'75 • trimestre.

Pago adelantado.

Número suelto

10

céntimos.

Se publica cuatro veces al mes.

AÑO II

YECLA 25 de Junio de 1927

NÚMERO 55

## Desvalimiento y Amor

La inquietud periodística que nos domina y que constantemente nos acucia ir a la caza de informaciones que interesen al público y que por ende, manifiesten un algo digno de que la conciencia popular, parando su atención en esas informaciones trate de dar estado de opinión al objetivo que en su inquietud enlucara el cronista, nos lleva en este vespéral dominguero a visitar un centro benéfico populárisimo en Yecla, centro al cual tirios y troyanos, rinden homenaje espontáneo y sincero.

Se trata del Asilo-Hospital de Caridad, al cual nos dirigimos deseosos de saturarnos un poco de esa honda tristeza que emana siempre de esos lugares, como si las tristezas y tribulaciones naturales de la vida cotidiana no fuesen suficientes para llenar la copa del corazón hasta los bordes.

Serenidad y silencio!

En el largo y señorial pasillo central que al sernos franqueada la entrada contemplamos, se recorta fugitiva y silente la silueta de una monja que portea una gran olla de la que se escapa un vapor blanquecino y espeso.

La religiosa desaparece por una puerta lateral que desde la entrada no distinguimos y un rumor de voces destempladas y remover de vajilla pone un algo disonante en esta serenidad y en este silencio casi absoluto que se respira, en esta mansión del dolor y la caridad.

La hermana portera, ante nuestra curiosidad, musita queda *«Esta es la hora de la comida de la tarde a los asilados. ¿Quieren ustedes presentarla?»*

Asentimos, y tras la hermanita que nos sirve de guía, penetramos en un amplio cuadrilátero de alta techumbre a raíz de la cual, unos ventanucos enrejados, le prestan una mortecina claridad, una luz fría y triste que parece llorar.

Ante unas mesas de blanco mármol y en bancas de madera lustrada por el uso, se congrega una veintena de ancianos, triste deshecho de la sociedad, a los que una monja, fuerte y sana, va, con cariñosa solicitud, repartiendo el condumio de la tarde, la sopa olorosa y fragante; las grandes rebanadas de pan, el trozo de

apetitosa longaniza, el vaso de vino reconfortador.

Frente por frente a esta estancia, otra idéntica sirve de refectorio al elemento femenino, y entre las asiladas descubrimos caras muy conocidas, que antaño nos admiraron por su energía y hoy nos entristecen por su ruinoso poquedad.

La superiora nos invita a visitar ciertos departamentos del benéfico establecimiento, y en tanto salimos y entramos en corredores, patios, y salas, anécdotas mil, relatadas por monjiles labios, referentes a la vida y rareza de los ancianos, va descubriéndonos la inmensa bondad, la paciencia infinita que estas mujeres han de tener para poder dar cumplimiento a su misión de amor.

Palabras de gratitud sentida se escapan de los labios de la superiora al mostrarnos el magnífico lavadero, para el que tuvo la iniciativa de construirlo, para aquel hombre tan discutido que en vida se llamara Pascual García, y luego va explicándonos el enorme esfuerzo que han tenido que hacer para agrandar el huerto y efectuar las obras de cercarlo.

—Y diga, hermana ¿tiene muchas necesidades el Asilo? preguntamos con cierto interés.

¡Ay, señor! contesta compungida la superiora, son tantas, que no me atrevo a enumerarlas. Cuando como nosotras, pobres mujeres, llegamos a poseernos del verdadero espíritu de nuestra misión religiosa, créame usted, sentimos hondamente que, estas casas, no sean verdaderos palacios con todas las comodidades imaginables y todo el confort conocido. Y no por el deseo egoísta y comodón de gozar nosotras de tales comodidades. ¡Libreme Dios de tal soberbia! si no, por la dulce satisfacción de que, de ellos, gocen y se aprovechen nuestros pobres ancianos, dándoles con ello un motivo de olvido de su horfandad y abandono, a fin de que, las postreras horas de sus pobres vidas, sean de tal agrado que ellas sirvan de lenitivo a las amargas que padecieron antes de ingresar en esta casa.

—Pero estos centros no son ricos. Les faltan medios propios para de-

señolver su vida y naturalmente se nutren de la bondad y de la caridad yeclana, la que, aunque no nos olvida, algunas veces tarda en darse cuenta de su deber y nuestras necesidades.

Observe usted esas paredes, y ello le dará una muestra de lo que digo.

En efecto, parte del cuerpo posterior del edificio se ve agrietado de arriba abajo amenazando ruina inminente, e igualmente la cocina, cuyas paredes, se encuentran agrietadas de tal manera, que es raro no haya sobrenido una verdadera desgracia.

Humildosa y dulce, otra mojitita con marcado acento catalán, nos va relatando anécdotas de la vida de los asilados, y en el cantarino salmodiar de sus palabras, vibra un dejo de amargura irrencorosa contra aquellos hombres que, quizá con el buen fin de agasajar a los pobres, más desconociendo el alcance de su acción, facilitan monedas a los asilados varones cuando del asilo salen por cualquier motivo, pues esas monedas, los menos incontinentes, emplean en vino el que, muy luego, trastorna sus debiles cabezas valetudinarias, dando con ello, algunas veces motivo de mofa para los que miran la vida tras el cristal de lo superficial.

Charlando charlando, han corrido las horas de esta tarde dominguera y nos despedimos de estas *damas de la caridad* prometiéndoles volver otro día a visitar la parte destinada a hospital.

Los amplios corredores de brillante piso recojen el eco de nuestras pisadas cuyo chanqueteo ingrato, contrasta agriamente con la salmodia de debiles voces febles que, allá, en una estancia lejana, elevan preces al Altísimo coreando la dulce voz de una monja por cuyos dedos de marfil van desgranándose mudas las brillantes cuentas de un rosario, cuyas cuentas semejarán sin duda en este véspero tranquilo al gotear de una fuente cristalina sombreada por una rosaleda florecida.

Junto a la puerta de salida, y a diestra mano, una urna contiene unos vasitos con garbanzos, aceite y patatas y la hermana portera satisface nuestra curiosidad diciéndonos *«que las muestras de esas viandas sirven para que los visitantes del Asilo se den cuenta de lo que él tiene necesidad perentoria»*.

Delicada manera de pedir. Mas en

esa urna se les olvidó a las monjitas exponer alguna de las necesidades más perentorias del Asilo y es, la de que, entre esos cacharritos de cristal plenos de aceite y garbanzos, falta la muestra de unas paredes que se derrumban y a las que hace falta poner remedio inmediato.

La campana del Asilo canta el Angelus cuando de él salimos y el último rayo de sol acaricia nuestras frentes.

Tras de nosotros, la puerta del Asilo se ha cerrado queda y sin ruido como empujada por mano misteriosa.

Una moza garrida pasa junto a nosotros dejando tras si una estela de juventud florida.

Tras de aquellos muros cabecean las testas de unos cuerpos famélicos volviendo la espalda a la vida que a girones les arrancó la juventud.

Amargas reflexiones nos dominan un momento.

¿Será posible que en aquella juventud fecunda que a nuestro lado pasó; que en nuestro vigor actual, se encierre el germen de un futuro asilado de esta casa de misericordia.....? ¡... Quien sabe!

J. GIMENEZ ROSES.

No deje V. de comprar el libro de

## ¡Que Ahaja de Muchacho!

Sainete en dos actos y en prosa, original de *M. Martí Font*, que acaba de ponerse a la venta en la Librería de José Pérez Bortella y Juan Antonio García.

Precio: 1'50 ptas. ejemplar.

## Peluquería "El Figaro"

Servicios esmerados.—Especialidad en el corte de pelo para señoras a lo GARÇÓN

NARSIO GASCÓN

Plaza de la Purísima número 2

Este número ha sido visado por la censura